

PABLO GUADARRAMA Y LA FILOSOFÍA COLOMBIANA: UN TESTIMONIO

Damián Pachón Soto¹
Universidad Santo Tomás

Resumen

En este testimonio, muestro que uno de los aportes del filósofo cubano Pablo Guadarrama González entre nosotros es lo podemos llamar “la normalización en el estudio de la filosofía latinoamericana”. Guadarrama ha sido uno de los principales impulsores de pensamiento latinoamericano en el continente, así como -en el caso colombiano- adalid de la investigación de nuestra propia tradición intelectual.

Palabras clave

Filosofía colombiana, filosofía latinoamericana, conciencia de América, normalización, identidad

Abstract

In this testimony, I show that one of the contributions of the Cuban philosopher Pablo Guadarrama Gonzalez to the Colombian philosophy, is that we can call “the normalization in the study of Latin-American philosophy”. Guadarrama has been one of the major drivers of Latin-American thought in our continent, like this one promoter of the researching about our own intellectual tradition.

Key words

Colombian philosophy, Latin-American philosophy, conscious of Latin-America, normalization, identity

* Fecha de recepción 11 de febrero de 2014; fecha de aceptación 14 de junio de 2014.

1. Miembro del grupo de investigación en Pensamiento filosófico colombiano y latinoamericano Fray Bartolomé de las Casas. Autor de trece libros, entre ellos, *La civilización unidimensional. Actualidad del pensamiento de Herbert Marcuse* (2008), *Ensayos de Filosofía del derecho* (2008), *La concepción de Hispanoamérica en Rafael Gutiérrez Girardot* (2010), *La filosofía y las entrañas. El pensar viviente de María Zambrano* (2011), *Estudios sobre el pensamiento colombiano*, Vol. 1 (2011), *Preludios filosóficos a otro mundo posible* (2013). damianpachon@hotmail.com



Su presencia y significado para América Latina

En un artículo de 1949 sobre Ortega y Gasset, decía la filósofa española María Zambrano:

“Pocas tareas tan difíciles como la de hablar del pensamiento de un maestro. El pensamiento de un maestro, aunque sea de ‘filosofía’, es un aspecto casi imposible de separar de su presencia viviente. Porque el ‘Maestro’, antes que alguien que enseña algo, es un alguien ante el cual nos hemos sentido vivir en esa específica relación que no proviene tan solo del valor intelectual. La acción del maestro trasciende el pensamiento y lo envuelve, sus silencios valen a veces tanto como sus palabras y lo que insinúa puede ser más eficaz que lo que expone a las claras. Si hemos sido, en verdad, sus discípulos, quiere decir que ha logrado de nosotros algo al parecer contradictorio; que por habernos atraído hacia él hemos llegado a ser nosotros mismos”.²

En muchos sentidos, esto cabe decir del profesor cubano Pablo Guadarrama González. Y es así por lo siguiente: Pablo Guadarrama, ese intelectual cubano, apasionado por el proceso revolucionario de su país, defensor de la tierra que lo vio nacer, embajador en muchas partes del mundo del pensamiento filosófico en América Latina, se ha convertido en un maestro para muchos de los latinoamericanos que han querido adentrarse en la historia del pensamiento filosófico en el continente. Pero es claro, que para realizar tal acción, se requiere, ante todo, vocación. Y toda vocación es, como ya lo decía Max Scheler, una especie de “llamado”, algo que nos encontramos en el camino, algo que, tal vez, sin que lo sepamos, nos espera a la vera de la vida. Fue en Cuba donde Guadarrama se encontró con esa vocación. Una vocación auténtica, comprometida, que desde sus inicios académicos lo llevó a apostar por Nuestra América. Esa apuesta parte de la seguridad y la convicción que toda vocación arroja: si la vocación es un llamado, un destino, este lleva consigo la confianza y la seguridad de que es necesario persistir en esa incubada creencia que la vocación contiene, en ese conato de espíritu que ella posee. Así lo hizo Pablo Guadarrama cuando decidió doctorarse en Alemania con una tesis sobre el pensamiento cubano.

Este episodio anecdótico me recuerda la relación de José Gaos con Leopoldo Zea. El mexicano quería hacer una tesis sobre Heráclito, pero Gaos le dijo: ¿qué puede usted aportar a los estudios sobre este filósofo

2. M. Zambrano, *Escritos sobre Ortega*, Madrid: Trotta, 2011, p. 87.



griego? Zea, haciendo uso de su buen juicio, aceptó la sugerencia y se dedicó a hacer su tesis sobre el positivismo en México. ¿No son equiparables las actitudes de Zea y Pablo Guadarrama en sus respectivas elecciones? Claro que sí. En el fondo, ambos estaban poseídos por el mismo interés: *el de dar carta de ciudadanía al pensamiento latinoamericano, a la convicción de que la filosofía no es propiedad de una sola cultura: la occidental*. Es decir, la certeza de que el *Logos* no es propiedad exclusiva de ningún pueblo y, en últimas, a que, como también lo dijo María Zambrano, “la filosofía se dice de muchas maneras”. Lo cual es cierto: desde la antigüedad, la filosofía se ha dicho en fragmentos, aforismos, epístolas, meditaciones, escolios, tratados, sistemas, etc. Y nadie ha dudado del carácter de filosofía de la obra de Heráclito o de Nietzsche. Sin embargo, ¿por qué ha recaído la sospecha, ya en el ámbito español, o en el latinoamericano, del carácter estrictamente filosófico de obras como las de Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, Alberdi, Martí, Vasconcelos, Estanislao Zuleta? Si esa desconfianza y ese “ninguneo”, como dicen los mexicanos, ha sido posible, es porque el prejuicio y el eurocentrismo no han sido superados.

Sí. Aún pervive la infantil creencia de que la filosofía solo se puede decir de manera sistemática, con “castillo de razones” y violación de la honestidad intelectual, *a la Hegel*. El sistema se impuso en la modernidad como única forma de hacer filosofía, desconociendo que el rigor también puede tomar forma de otras maneras. Es más, eso que se llama rigor, no es propiedad únicamente del sistema filosófico. Como decía E. M. Cioran: el rigor solo existe en la medida en que se viven y se padecen los problemas filosóficos. Y hay muchas formas de vivirlos y de padecerlos. La historia misma de la filosofía es un buen ejemplo.

En este sentido, el magisterio de Pablo Guadarrama en muchos países del continente ha rebatido el prejuicio de la inexistencia de una filosofía latinoamericana. Él ha luchado con todo vigor por el reconocimiento de la dignidad de nuestro pensamiento. Y en eso ha inspirado a muchos jóvenes investigadores, donde me incluyo. Y ha sido su entereza, su ejemplo viviente, eso que trasciende sus propias ideas filosóficas, la que nos ha inspirado a muchos, la que nos ha llevado a “ser nosotros mismos” y así empezar a incubar nuestra propia obra. Pero esto no es posible sin la figura de un maestro, sin su estela vital que nos impregna, de ese ser que incita, conmueve, proyecta, corrige sin envidias e impulsa a sus discípulos por su propio camino. En eso ha consistido, en parte, su labor de maestro entre nosotros.

Pablo Guadarrama ha dedicado su vida a la investigación de la filosofía latinoamericana, desde el positivismo, al antipositivismo o al



marxismo y su relación con la posmodernidad. Y si mal no lo entiendo, esa ha sido también una labor eminentemente política, pues reconocer que un pueblo puede pensar, es fundar a la vez su conciencia, su identidad y propiciar, de paso, su autonomía y su autodeterminación. Por eso la labor de Pablo Guadarrama es política, no solo por defender la Revolución Cubana, sino por arraigar el sentimiento de autonomía del continente, por propiciar una toma de conciencia de América y así facilitar lo que se ha llamado nuestra segunda Independencia. Yo creo que es esta tarea la que permite situar a Pablo Guadarrama en el concierto del latinoamericanismo, de la Historia de las Ideas y de la lucha por nuestra independencia intelectual para así superar la mentalidad subalterna, el sentido de inferioridad o lo que el escritor colombiano Fernando González Ochoa llamaba, en *Los negroides de* 1936: “el complejo de hijo de puta”.

La normalización de la filosofía colombiana

Cuando se habla de normalización de la filosofía colombiana o latinoamericana, se alude a un conjunto de condiciones que hicieron posible un clima filosófico, de estudio, difusión, profesionalización y discusión, etc., del pensamiento filosófico en los años cuarenta del siglo pasado. Y si bien el concepto mismo de normalización ha sido puesto en entredicho, no cabe duda de que el siglo pasado hubo un momento, derivado de gobiernos progresistas, con conciencia de América, como ya lo ponía de presente José Luis Romero, donde se dieron las condiciones propicias para la inserción de este continente a las corrientes de la filosofía universal, en especial, la fenomenología, las filosofías de la vida y los valores de Scheler, el intuicionismo Bergson o el positivismo jurídico de Kelsen. A mi parecer, en el caso colombiano, ese proceso de normalización no se completó sino hasta los años setenta³ cuando ya se contaba con profesores egresados de universidades alemanas que seguían completando las distintas corrientes de la filosofía occidental en nuestro suelo, así como la presencia de otros docentes bien formados. Así ingresó a la esfera académica colombiana el estructuralismo, la escuela de Frankfurt; lo mismo cabe decir de los estudios serios del marxismo, tal como lo hacían Estanislao Zuleta o Jorge Orlando Melo en los años sesenta.

3. D. Pachón, *Estudios sobre el pensamiento colombiano*, Vol., I, Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2011.



Ahora bien, eso que se ha llamado normalización -y es esa la tesis que me gustaría bosquejar aquí si es que queremos seguir conservando el concepto- ha sido entre nosotros, en Colombia, y con muy pocas excepciones en el resto del continente, un proceso inacabado. Y lo es así por varias razones: la primera, aún hoy en las facultades de filosofía altamente occidentalizadas no se le ha dado crédito a la existencia, autenticidad u originalidad de nuestro pensamiento filosófico. Se desconoce la originalidad del pensamiento de un Enrique Dussel, un Raúl Fornet-Betancur, un Vasconcelos, un Mauricio Beuchot, un Darío Botero Uribe o un Estanislao Zuleta, para solo mentar algunos. En segundo lugar, los estudiantes de filosofía desconocen las obras más elementales de nuestra tradición filosófica, empezando por las de Alberdi, Martí, Varona, Hostos, Caso, Francisco Romero, etc. Estos dos objetivos fueron parte de las propuestas de los normalizadores de mediados del siglo pasado. Por eso podemos decir, que es un proceso incompleto, que debe buscar plenitud, pues el estudio de la tradición será siempre algo vigente, ya que arroja luces sobre la situación actual de nuestro filosofar y nos conecta con nuestro inevitable pasado, que de ninguna manera es nuestro inevitable futuro, pero sí su pivote. Quién no conoce la tradición, las obras producidas en Nuestra América, la recepción del pensamiento europeo, nuestros autores, etc., ¿cómo podrá hacer un diagnóstico de lo que somos, de la situación de nuestras academias, de nuestro quehacer filosófico? Y más aún: ¿cómo podrá esclarecer y dar luces sobre la manera de superar cierta postración filosófica?

Pero ese proceso de normalización aún es incompleto sino se pasa del neolatrismo filosófico a la exploración, a la creación de formas, a la *innovación*, siempre y cuando se tenga en cuenta que la creación filosófica tiene como presupuesto el conocimiento de la tradición, su asunción crítica y su discusión. No hay un adanismo filosófico puro, pero tampoco la filosofía puede convertirse en un ejercicio infinito y repetitivo de lo que ya hay, en lo que he llamado vampirismo y regurgitación de autores y corrientes. Así no podemos aportar mucho. Estas dos advertencias ya las hacía Francisco Romero en 1940 cuando hablaba de normalización en el periódico *La Nación* de Buenos Aires. Es decir, la normalización filosófica aún exige acabar con ciertas dependencias e imposiciones en las formas de trabajo, en la concepción misma de la disciplina; exige cuestionar el modelo hegemónico de filosofar, exige autonomía, apertura y un mayor grado de universalidad concreta. En esto aún no somos mayores de edad en el continente, por lo menos, en la gran mayoría de países que siguen reproduciendo el colonialismo intelectual en todas sus vertientes.



Creo también que la llamada normalización filosófica debe tener en cuenta el grado de difusión del pensamiento producido en América Latina en los programas de Filosofía. Desde el siglo pasado, en la gran mayoría de facultades, la mirada se dirigió a Alemania, luego a Francia, luego a Estados Unidos, pero muy pocas de las universidades y de las facultades crearon un vivo interés por la filosofía latinoamericana. He dicho en otro lugar que esta práctica es como si el seguimiento de las aventuras de la conciencia de Hegel impidiera o no dejara tiempo para pensar la propia circunstancia latinoamericana, nuestros problemas concretos, que de ningún modo están desconectados de los problemas que padece la humanidad en su conjunto hoy. Este desconocimiento de la propia tradición filosófica, por profunda o superficial que a algunos les pueda parecer, ha sido la regla, frente a la cual surgieron pertinentes excepciones a finales del siglo pasado en Colombia.

Es dentro de estas felices excepciones, donde podemos ubicar la labor que ha jugado Pablo Guadarrama en nuestro país. Corría el año 2002 cuando me paseaba por los pasillos de la Universidad Nacional de Colombia, en la facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Veía, frecuentemente, la librería de la Universidad con variados títulos de un filósofo colombiano llamado Darío Botero Uribe. En tercer semestre, ingresé a uno de sus cursos sobre pensamiento latinoamericano, un curso que él compartía con un profesor cubano llamado Pablo Guadarrama. Un académico erudito, de esos que saben de lo que hablan, apasionado, de buen humor y muy asequible. En efecto, estos dos profesores enseñaban filosofía latinoamericana en la mejor universidad del país, donde, sin embargo, en su facultad de Filosofía, una de las más prestigiosas, no se creía que existiera algo así como una filosofía en Latinoamérica. En la facultad de Filosofía de la Nacional, solo el profesor Rubén Sierra Mejía mostraba interés por la investigación sobre pensamiento colombiano y latinoamericano. Sus cursos eran opcionales para los estudiantes de Filosofía, lo cual prueba el segundo plano en que se tenía la filosofía latinoamericana, valga decir de paso, que también la filosofía española, pues entre nosotros, la hispanofobia heredada después de la independencia por las sectas liberales impidió y aún impide el estudio serio de la tradición española, privándonos del pensamiento de filósofos de la talla de Xavier Zubiri, Eduardo Nicol o María Zambrano. Ahora, y a pesar de esto, en la facultad de Derecho, Botero Uribe y Guadarrama González, alentaban el estudio de nuestra tradición filosófica, invitaban a pensar, a explorar, a crear e imaginar. Invitaban a superar el servilismo mental muchas veces autoimpuesto con plena complacencia.



Así conocí a Guadarrama González. Debo decir que me cautivó y que alimentó mis deseos de ingresar a estudiar Filosofía Latinoamericana en la Universidad Santo Tomás de Bogotá, la universidad colombiana que más tradición tiene en esta temática. Hoy debo agradecerle a la vida haberme topado con estos dos profesores en la Universidad Nacional, pues gracias a ellos, he podido hacer una carrera dedicada al pensamiento filosófico entre nosotros.

Finalmente, lo que me gustaría resaltar de todo esto, en este corto testimonio, es que Guadarrama González puede ser considerado –en el caso colombiano– como uno de los normalizadores de nuestra filosofía, de su enseñanza y conocimiento en nuestro medio, y no solo por difundirlo sino porque a pesar de ser cubano, no ha escatimado esfuerzos por investigar el pensamiento colombiano, así lo prueban sus escritos sobre Antonio García, Luis Eduardo Nieto Arteta y sobre Darío Botero. Son estas las razones por las cuales el maestro Pablo Guadarrama ocupa un lugar especial en el corazón de quien esto escribe y en nuestra historia intelectual colombiana.